

LA IDENTIDAD SOCIAL EN COLOMBIA Y EL *MACONDISMO*¹

SOCIAL IDENTITY IN COLOMBIA AND THE *MACONDISMO*

Éder GARCÍA DUSSÁN

Universidad Distrital, FJC. Ciudad Quito

egardus@gmail.com

Resumen: El artículo determina el origen literario de *lo macondiano* o *el macondismo*, marca indeleble de la obra de García Márquez, con el fin de analizar su evolución como elemento identitario en la discursividad colectiva de Colombia. Para darle validez a esta tesis, se sitúa su conceptualización cultural y se pone a prueba su funcionalidad en cuatro eventos mediatizados por la prensa y la televisión nacionales en 2013. El resultado de este esfuerzo explicita un rasgo de la personalidad histórica de la nación, concentrada en naturalizar el mundo social que, cotidianamente se presenta como irracional, inverosímil e insólito.

Abstract: This article determinates the literary origin of the *macondiano* or *the macondismo*, indelible ink of the García Márquez's work, in order to analyze its evolution as the identity element in the collective discourse of Colombia. To give validity to this thesis, cultural conceptualization is situated and functionality is tested in four mass-media events by the national press and television in 2013. The result of this effort explicites a feature of the historical personality of the nation, concentrated in naturalizes the social world that daily is presented as irrational, unbelievable and unusual.

Palabras clave: Poética del exceso. Ciudad letrada. El *macondismo*. Relato identitario. Principio de placer.

Key Words: Poetics of excess. Lettered city. The *macondismo*. Narratives of identity. Pleasure principle.

1 Gratiitudes a la Doctora Pilar Núñez Delgado, por asesorarme en la investigación doctoral "Re-construcción de la identidad social colombiana a partir de la obra de García Márquez", adelantada en el Programa Modelos de enseñanza-aprendizaje y desarrollo de las instituciones educativas; línea de Investigación: Educación lingüística y literaria, Universidad de Granada.

1. INTRODUCCIÓN

Cuando se evoca la nación colombiana, la mayor de las veces surgen representaciones emblemáticas como el café, imágenes de la guerra de más de medio siglo, rostros de algunos cantantes o deportistas y García Márquez, más exactamente su magna labor, *Cien años de soledad*; obra que asomó en los quioscos bonaerenses una fría mañana del 5 de junio de 1967, gracias a la editorial Sudamericana (García, 2003). Desde ese momento, nada volvería a ser como antes a propósito de la literatura colombiana, pues:

La epopeya de la familia Buendía con su carga de mitos y supersticiones nos devolvía, además, la memoria mutilada. Antes de Cien años de soledad, los textos oficiales omitían episodios de nuestra historia como la Masacre de las Bananeras, entre otros. Allí, una vez más, la literatura cumplía el honroso papel de contar los sucesos desde el lado de los vencidos y no de los vencedores como suele ocurrir en la cotidianidad (Díaz-Granados, 2007: 1).

Allí, Aureliano Babilonia descubre en los manuscritos de Melquiades la historia de su familia. Con esto, no sólo estaba mostrando otras formas posibles de entender la historicidad humana, esta vez desde la circularidad que encierra varios tipos de incesto en un sólo instante, sino también una estructura discursiva que nos ha permitido ubicarnos frente al otro desde hace un poco menos de medio siglo, y comprender la fijación de parte de nuestra personalidad colectiva; aquella que inicia y termina en el libro escrito por Melquiades, el verdadero autor de la historia de Macondo².

Esta historia es la afirmación de lo que, por un lado, Alejo Carpentier (2006) había teorizado con su concepción de lo "real-maravilloso" para referirse a la realidad americana, puesto que allí hallamos el desenfreno de la imaginación, el cual corre paralelo a la complejidad de la realidad; por otro, la fuerza la tesis que propone la literatura como vehículo para conocer y aprehender el mundo socio-cultural (Rienda, 2014); pero también, la confirmación de una ausencia de fronteras entre lo diurno y lo onírico; eso que llama Rosalba Campa "la poética del exceso" (1995: 600). En esa medida, *Cien años de soledad* es, en la superficie, la historia de la obsesión de Úrsula, la que se cumple al final, como siempre pasa con los discursos míticos, a pesar de los esfuerzos de los actantes por evitar ese destino; pero, al mismo tiempo es la historia de América Latina: naciones con éxodos, visitantes, invasores.

2 En adelante, Macondo, lo mismo que Yoknapatawpha para Faulkner, lo entendemos como el topos discursivo de reposo que fija los fenómenos de la empresa garcíamarquiana, como el eje en torno del cual van girando las acciones de su universo narrativo.

Así las cosas, ese Macondo de la obra garcíamarquiana es una enorme metáfora que da cuenta de la realidad desmesurada de las naciones latinoamericanas, pero traspuesta en un código mágico. Y, como tal, se ha convertido en el emblema de un colectivo unido por condiciones comunes: “la presencia de condiciones extraordinarias y fantásticas” (Vargas Llosa, 1971: 183). Es por eso que tal narrativa nos define como mundo nuevo y una voluntad de existencia y, por eso mismo, es posible ser tomado como un camino regio para descubrir elementos de nuestra identidad y como un espejo de nuestra conducta de recrear el devenir. Así lo expresa Martín-Barbero cuando afirma:

Lo que García Márquez estaba planteando en su práctica literaria es algo que los estudios sociales enfatizan cada vez más: la estructura comunicativa de la cultura y de la identidad nacional. Pues [...] la identidad deja de tener un carácter metafísico o psicologista sólo en la medida en que la nación sea asumida como “comunidad imaginada”, capaz de poner simultáneamente en comunicación a los individuos y los grupos que la integran (2000: 46).

Siguiendo esta postura, en adelante desarrollaremos una reflexión sobre cómo la empresa garcíamarquiana aparece para irrumpir sobre el estrecho nacionalismo del altiplano y, con sus obras, especialmente sus cuentos, compilados en *Los funerales de la mamá grande* (2012) y su excelsa obra, *Cien años de soledad* (1967), gesta y afirma una identidad desde la metaforización de un conjunto de particularidades históricas (Anderson, 1985) que permiten compartir elementos de la estructura comunicativa propia de Latinoamérica. Luego vienen otros canales diferentes a la literatura, como el caso del orbe *mass mediático*, gran máquina que actualiza y sitúa rasgos caracterológicos de las naciones, razón por la cual avanzaremos un camino que va desde la refinación del concepto de identidad hasta cómo ésta se ha recreado mediáticamente, atesorando el legado *letrado racional* que se muestra representativo.

2. LA IDENTIDAD SOCIAL

Comprendemos por identidad social el conjunto de acciones que realiza un grupo de sujetos para lograr un rostro propio frente a los otros (Agier, 2001). En ese sentido es una noción contextual y relacional, puesto que la identidad se pondera como un proceso dialéctico mediante el cual se incluye a una persona dentro de algunas cualidades y, al mismo tiempo, se excluye a las demás: “Pensar la identidad consiste exactamente en (pre)ocuparse de lo mismo, por lo mismo, en contraste con la diferencia, la alteridad o la pluralidad” (Maldonado, 2013: 13).

Así, la identidad social resulta manifestándose como una etiqueta y un arma segregacionista, y por eso se la asocia con consecuencias políticas que derivan en exilios, expatriaciones y juegos de poder. Ahora, es de notar que todo esto opera gracias a las *prácticas discursivas* que fluyen en el espacio social y que sedimentan calificativos, propiedades ideológicas, atributos simbólicos e imágenes culturales; materia prima de esa distinción-comparación continua y dinámica. Es que los discursos son sistemas formales y socialmente transformadores del que dispone la gente para re-crear e interpretar identidades y saberes sociales a través de la convivencia simultánea de inclusión/exclusión, y de oposición/acuerdo. Pero, y he aquí algo importante, esas prácticas discursivas hacen parte de prácticas sociales; de suerte que:

La conexión entre texto y práctica social se considera mediada por la práctica discursiva: por una parte, los procesos de producción e interpretación discursiva son conformados por (y, a su vez, ayudan a conformar) la naturaleza de la práctica social, y, por otra, el proceso de producción conforma (y deja 'rastros') en el discurso, y el proceso interpretativo opera sobre la base de las 'señales' (Fairclough, 2008: 4).

Apoyados de este marco inicial, se puede entender mejor la reflexión del semiólogo español Jesús Martín-Barbero cuando afirma que la identidad es "una construcción que se relata" (1998: 5); vale decir, es un conjunto de discursos ordenado por instancias de poder que pasa al pueblo en forma de verdades: alguien la formula y la gente la reconoce por la costumbre hasta terminar profesándola. Así las cosas, el uso de la lengua re-crea la identidad social.

Obsérvese la correspondencia de esta postura con la del teórico cultural jamaicano Stuart Hall (y Du Gay, 2003), para quien la identidad de una nación no es una realidad trascendente y a-histórica, sino que resulta ser el efecto cambiante de un continuo proceso de producción y transformación de significados *fundados* dentro de los discursos de la historia y *fundidos* en el conjunto de representaciones de los sujetos que pertenecen a una determinada cultura. En ese orden de ideas, la nación se hace visible gracias a las *narrativas sociales y estéticas* que actúan como elementos de cohesión en torno al poder político del Estado (Bhabha, 1994).

De esta suerte, hundirse en las narrativas estéticas implica, de suyo, buscar las raíces simbólicas de la personalidad social que, en el caso colombiano y latinoamericano, está marcada claramente por un significante, el sustantivo *Macondo* o su adjetivación *lo macondiano* o *el macondismo*. Esto nos fuerza a escudriñar el origen y circunstancias discursivas donde aparece este concepto, para luego avanzar en su devenir en el tren o tránsito de los años y así tratar de comprender, desde su punto de partida, el *plus* de sentido que ahora nos intenta definir frente al mundo.

3. EL ORIGEN LITERARIO DEL CONCEPTO MACONDO

El concepto Macondo, aparece por primera vez bajo la forma de un topónimo en el cuento "Un día después del sábado", escrito por García Márquez en 1953 y reconocido porque obtuvo el primer premio en el concurso de cuentos de 1954, convocado por la Asociación Nacional de Escritores y Artistas de Colombia, y patrocinado con la suma de \$500 pesos colombianos (hoy día, la mitad de la mitad de un dólar). Este cuento fue publicado ese mismo año en Bogotá por la editorial Minerva. Hoy día lo podemos encontrar, al lado de otros siete cuentos, en la obra *Los funerales de la mamá grande*, aparecida por primera vez en 1962.

La aparición literaria exacta del topónimo sucede cuando un joven forastero y famélico decide quedarse en el pueblo (¿Macondo mismo?) un sábado, tras perder el tren. Entonces, busca un hotel: "Y ahí penetró, sin ver la tablilla: Hotel Macondo, un letrero que él no había de leer en su vida" (García-Márquez, 2012: 45). Efectivamente, este es un relato fabuloso que, en algún momento citó el crítico uruguayo Ángel Rama "el primer cuento" de García Márquez, el cual trenza la historia de tres personajes en aquel pueblo (la viuda Rebeca, el viejo párroco del pueblo y un joven que perdió su tren y tuvo que quedarse allí), congregados bajo un mismo fenómeno: un calor insoportable que probablemente causa una extraña lluvia de pájaros muertos que caen del cielo y rompen las alambresas.

Ahora bien, al detenernos en la imbricación de voces de estos tres actantes, vemos que la historia está construida de tal forma que es un templo el lugar final en que se reúnen los tres personajes, después de que acontecen suceden tres eventos: (i) la peste de las aves muertas, (ii) la llegada de un joven que iba rumbo a la ciudad a tramitar la pensión de su madre y lo deja el tren, obligándolo a quedarse en el pueblo y luego a asistir a la misa y, (iii) el retorno a la iglesia de la viuda Rebeca y demás paisanos, a la que no asistían desde hace mucho tiempo. Por cierto, la presencia colectiva de los personajes y sus historias apenas se reúnen superficialmente en la iglesia, pues Rebeca hace mucho tiempo no asistía a la misa liderada por el párroco Antonio Isabel, el joven sólo está en Macondo por un desacierto en su trasbordo, y el cura revive su función aprovechando estas novedades, pese a ser visto como aquel "que andaba por las nebulosas".

Esta casualidad apunta a la idea de una misión y/o visión supersticiosa, cifrada en la lluvia de las aves. Pero es con este mismo tono apocalíptico que el cuento se presenta para disimular, a nuestro juicio, dos determinaciones más interesantes:

(i) La idea de un tiempo detenido en el pueblo. Quien mejor representa esto es el cura, pues parece incluso sufrir accesos de memoria; entonces, llegan a su mente escenas o ideas que no pensaba hace más de treinta años. Dos de las más significativas tienen

que ver, por una parte, con la guerra civil de 1885 entre liberales y conservadores, y, por otra, la remembranza del tren lleno de banano, en contraposición con el vehículo ahora vacío después de la masacre de las bananeras. Aquí, sin más, y a causa del calor, el presente parece dilatarse y sólo se hace visible un pasado tormentoso.

(ii) El tratamiento místico-mítico de la caída de los pájaros muertos en el pueblo. Al no encontrar una explicación racional u objetiva, el párroco descifra la lluvia de pájaros muertos como una secuela del paso por el pueblo del Judío Errante. Efectivamente, lo único que vuelve a congrega a los habitantes del pueblo, que antes descreían del anciano religioso, es la mención –y comprobación, por parte de Rebeca– de que el mito antisemítico del Judío Errante realmente se ha manifestado en su pueblo. Esa presencia afirmaría que se acerca el retorno de Jesucristo a la tierra, y tal temor une al pueblo.

Así las cosas, si bien es cierto hay dos ganancias, la recuperación de la fe en el viejo cura y un pago de remuneración al joven forastero usando el dinero del diezmo, pues ha perdido su equipaje y documentos; también hay una cuestión que va a pérdida, y es el secreto que queda en el ambiente discursivo del relato y que se concentra en la pregunta por la causa real o, en todo caso, no supersticiosa, de un hecho efectivo y explicable racionalmente: la muerte de los pájaros. De esta suerte, la aparición literaria de *Macondo* en “Un día después del sábado” está marcada por la marca supersticiosa en una disquisición sobre lo real. Dicho de otra forma, una tendencia a sobreponer a lo real tintes de lo fantástico y volver cotidiana esa forma de asumir la realidad inverosímil como algo corriente; tendencia, por demás, ampliada en el *Macondo* de *Cien años de soledad*.

4. LA PRIMACÍA DE LO MACONDIANO EN EL DISCURSO COLOQUIAL

Sabido es que la ciudad capital de Colombia, albergó una *ciudad letrada*, la cual fijó cuál era el idioma resplandeciente que se debía hablar; de esta suerte se abrió sustancialmente una parcelación social donde los ciudadanos adinerados y cultos encontraron una excusa de tipo lingüístico para dinamizar una exclusión social donde la masa y los indígenas quedaban fuera de las murallas de la ciudad letrada/imaginada porque se desviaban de la norma imputada por los fervientes peritos del saber lingüístico, poético y político que imperaba en la Bogotá decimonónica (von Der Walde, 1998)³,

3 Sin duda, esto tuvo su cristalización en textos concretos. Por ejemplo, en el mismo año en que se timbró la nueva Constitución de 1886, aparecieron los primeros tomos del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* escritos por Rufino José Cuervo Usirarri y, luego, la primera edición de las *Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano*.

alimentada por un movimiento político ultra-conservador llamado La Regeneración⁴. El resultado de esta violencia es visible hasta hoy: un Estado, hipotético mundo superior, antipopular y señorial, instaurado para mantener a las grandes mayorías de la población en la indignidad. No obstante, si bien es cierto que esta ciudad letrada y céntrica se conservó hasta bien entrado el siglo XX teñida con este matiz de xenofobia y racismo, aparece una reacción desde el orbe narrativo, una especie de *ciudad anti-letrada* que reivindica el vivir del pueblo y su impura, pero auténtica, forma de hablar.

Esta es, sin duda, una ciudad reaccionaria que se intenta sacudir de los efectos de exclusión por claves lingüísticas y, por tanto, políticas, pues ¿qué es la lengua sino un asunto político? Y en ese nuevo orbe aparece Gabriel García Márquez. Cabe resaltar que es un hecho histórico bien significativo la aparición de García Márquez y su Grupo de Barranquilla, quienes adelantaron sus tertulias intelectuales en las décadas de 1940 y 1950, haciendo confluir literatura, periodismo, cine y pintura para, desde la reflexión artística y la experiencia estética, pone freno a la villa ideal afincada desde el siglo XIX que mantenía "(...) una ciudad amurallada a la que se ingresaba por vías de la construcción y el régimen gramatical, una ciudad en donde la letra se utiliza para hablar autistamente de sí misma bajo el criterio deóntico, mientras, fuera de sus límites florecía la ciudad real, excluida porque se hablaba diferente, porque no se hablaba correctamente" (von Der Walde, 1998: 7). En efecto, se trata de otro puñado de intelectuales, sólo que ahora marginados, inconformes y rebeldes, quienes predicán una condición de posibilidad diferenciadora y discuten desde sus fronteras simbólicas sobre la exclusión. Así las cosas, desde su condición de escribas sacan a flote las contradicciones y reivindican las voces apagadas y populares, amén de la construcción lingüística del pueblo que la vivifica y la dignifica frente al otro autoritario.

Si nos quedamos en el más famoso del Grupo de Barranquilla, García Márquez, baste recordar que su literatura tiene un origen en la tradición oral de la costa atlántica colombiana, específicamente del habla espontánea y periférica de su abuela, justamente aquello que se oponía a la ciudad letrada:

Su abuela materna, con la cual vivió hasta cuando tenía ocho años de edad, es fuente esencial de su escritura [...] el choque entre este material oral y una tradición escrita aristocrática y patriarcal es uno de los más fascinantes aspectos de la obra

4 La Regeneración, fue un movimiento liderado por el político Rafael Núñez, cuatro veces presidente durante el siglo XIX (1880-1892). Núñez con el apoyo del bogotano Miguel Antonio Caro, concibió un nuevo temperamento para el país que, a la postre, lo unificaría bajo los elementos de la religión y la lengua; pues la Regeneración se caracterizó por construir y dirigir desde una realidad conservadora, católica y centralista al colectivo colombiano, y con este maridaje se gestó y acentuó gran parte de la personalidad histórica de la nación colombiana (Deas, 2006).

de García Márquez. La abuela ejemplifica lo que ocurre cuando el relato de historias y la palabra oral, en oposición a la memoria escrita, son el lugar donde se trama el tejido social. Cien años de Soledad es, en ese sentido, una acumulación de historias escuchadas más que un ensamblaje de temas y personajes que se desarrollan a través del tiempo (Rowe, 1995: 428).

En esa medida, los desencuentros narrativos contruidos con la materia lingüística popular y exteriorizadas en espacios artísticos donde prima el sentir, el decir y el actuar de las masas, muestran que es este tipo de texturas son irresistibles en la medida en que generan un aguante obstinado al desnudarse en las descripciones aldeanas y sencillas, llenas de deslices y de alteraciones fonéticas, sintácticas, semánticas y prosódicas (Ordoñez, 1995). Y es desde estos *topos* simbólicos como se marca algo que no puede pasar inadvertido, tal como lo hace notar la profesora e investigadora bogotana Alejandra Jaramillo Morales:

García Márquez fue capaz de materializar el pensamiento de una época, un pensamiento que tenía la necesidad y el compromiso de participar de la fundación de esas jóvenes naciones latinoamericanas en diálogo con la literatura de otros lugares del mundo, al tiempo que eran rupturas con la tradición literaria [...] García Márquez es consciente de la necesidad de crear un espacio literario, una refundación, como lo hace Cien años de soledad, que transforme el horizonte de las miradas letradas e las naciones latinoamericanas (2013: 151).

Esto es, García Márquez ejerce el oficio de transliterar artísticamente ciertos estereotipos de la realidad latinoamericana, haciéndolos creíbles a todos bajo formas metafórico-metonímicas de identificación y/o alteridad. Un intento de probar esto, es recordar anécdotas como aquella en la cual Octavio Paz la catalogó como la novela del siglo XX, obra que, por demás, tuvo que esperar más de dos décadas que empleó García Márquez para escribirla. Actualmente, cuenta con más de treinta millones de ejemplares vendidos, traducida a más de 30 idiomas y que, incluso, dio origen a cumbias como *Macondo*, compuesta tiempo después de la aparición de su acreditada obra por los peruanos Daniel Camino Díez Canseco y Johnny Arce quienes, impresionados con el mundo apocalíptico y anti-letrado de la obra, escribieron esas pegajosas estrofas como justo reconocimiento a la novela que marcaría el reino del arte latinoamericano: “ Los cien años de Macondo sueñan, sueñan en el aire ...”.

En esa medida, esta es una de las herencias más destacadas del escritor costeño, la de exponer en el espacio literario el sistema de representaciones sobre nuestra desaforada cotidianidad, abreviarlas en el topónimo *Macondo* y, así, permitir que todos

nos reconozcamos como unidad sin jerarquías, viviendo macondianamente. Sin duda, *Macondo* un concepto tan escueto como preñado de sentido, pues se ubica como el punto fijo para hablar de nuestra realidad y de nuestra identidad en el fluctuante panorama transnacional, apuntando a aquella tendencia de explicar lo anormal con lo místico-mítico para normalizarlo y seguir como si nada. El mismo García Márquez lo explicó así en el discurso de aceptación del premio Nobel el 8 de diciembre de 1982 en Estocolmo, cuyo título es “La soledad de América Latina”, donde afirma que es un premio otorgado a toda América Latina. En uno de sus apartados aseveró:

Me atrevo a pensar que esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive entre nosotros y determina a cada instante incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable [...] Todas las criaturas de aquella realidad desafortunada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida (García Márquez, en línea).

Cien años de soledad es, así, una gimnasia intelectual auténtica en la medida en que convierte lo original, maravilloso e insólito de nuestra cultura en algo normal, en la realidad habitual. De esta manera, la obra nacionaliza al pueblo y sus cuitas. Y es en este punto volvemos al comienzo: si recordamos que sólo con las *prácticas discursivas* podemos atrapar, vehiculizar y re-configurar una identidad social, afirmamos que *Macondo es una gran discursividad*, un enorme campo simbólico que explota la metáfora de un imaginario para nombrarnos, y donde las culturas se pueden valorar, chocar, defender e inventarse desde un discurso diferente al de la ciudad letrada. El profesor universitario Carlos Rincón expresa de esta obra:

La muy veloz difusión global de esa ficción latinoamericana constituye ya de por sí parte de una compleja constelación histórico-cultural. El recurso a la metáfora espacial descentra, pone de presente que la historia de Macondo es objeto de apropiación de acuerdo con variadísimas, intrincadas circunstancias, aleatorios procesos de constitución de sentidos, de decodificación y recodificación, así como operaciones de resemantización, todo regido por configuraciones culturales locales en transformación (1996: 14).

De hecho, todo lo que ha simbolizado esa herencia de la ciudad letrada, fuerza céntrica y absolutista en nuestra nación desde el siglo XIX, en lugar de quedar excluida de ese

nuevo discurrir anti-letrado se contiene y absorbe en esa metáfora llamada *Fernanda del Carpio*, representante ficcional de la cultura andina y que, en la obra de García Márquez, intenta dialogar con la cultura caribeña (sabemos que la equidad supuesta deviene imposición de la céntrica sobre la costera), y de la cual el investigador Kevin Sedeño Guillén afirma que estaría como propuesta de reconfiguración de la nación colombiana desde el reposicionamiento de los papeles y lugares de sus actores regionales; esto es, un intento de refundar a Colombia “a través del enlace entre dos estirpes representativas de dos mundos ajenos y enfrentados -la centralidad andina y la marginalidad caribeña-, pero aprisionados en un mismo espacio político-territorial: la República de Colombia” (Sedeño, 2009: 3).

Es por esto que ante el histórico silencio del pueblo, *Macondo* proyecta cualidades de nuestro ser histórico, dejando así de ser un espacio imaginario para convertirse en unos calificativos de nuestros comportamientos públicos y privados; eso que a secas llamamos con desparpajo *lo macondiano* o *el macondismo*; lo cual representa, por lo menos, cinco lecturas experimentales, a saber:

- Un concepto que cifra una discusión ‘inteligente’ a propósito de los efectos de la cultura letrada decimonónica en cuanto al modelo de fundación de naciones latinoamericanas y, en concreto frente a la exclusión del pueblo y el del mal hablar (Jaramillo, 2013);
- Una construcción identitaria que intenta vivir como latinoamericanismo y que, como receta esencialista, permite observarnos y que nos perciban en todos los contextos glociales. A pesar de los movimientos étnicos y nacionalistas, “la operación que ha logrado más verosimilitud es el fundamentalismo *macondista*” (García Canclini, 1995: 94).
- Un sobrenombre facilitado desde Primer Mundo con destinatario propio, el Tercer Mundo; mirada foránea que terminamos apropiando afirmativamente los latinoamericanos para personificarnos frente al europeo o norteamericano, con lo cual *el macondismo* termina asumiéndose no sólo como una estrategia sustancial de división geo-política, sino como nuestro recurso narrativo que pasa como si fuera un mito fundacional (von der Walde, 1998).
- Un concepto imbricado en los relatos de identidad de América Latina, que tiene su origen en una cierta distorsión que ha edificado el intelectualismo no americano sobre América Latina, y que actúa como una contraseña que da acceso a toda aquella explicación que, para superar la incomprensión de los hechos sociales, recurre a lo

mágico y lo salvaje, haciendo así estorbo a la categoría de razón y, por tanto, a la de Modernidad (Brunner, 1992).

- Un truco estético, político y reduccionista que usan los Otros, esas “buenas conciencias europeas y estadounidenses” para entender las lógicas sociales de América Latina y que, de una manera ‘cosmética’ y ‘agradable’, les permite digerir la realidad quijotesca, subdesarrollada y famélica de nuestros pueblos, pero que no alcanza a ser su “esencia identitaria” (Morales, 2002: 2).

Anudando todo esto, nos atrevemos a afirmar que, para el caso de Colombia, sostenemos que *lo macondiano* no es un latinoamericanismo, sino un práctico y facilista nacionalismo, dado que para una gran mayoría de los colombianos lo que guarda en sus entrañas discursivas *Cien años de soledad* es una categoría general de identidad social que permite no sólo re-con-figurar la realidad sino que, gracias al juego inagotable de las licencias retóricas, ayuda a comprimir el discurso espontáneo y valorativo que da cuenta de los desajustes sociales, la guerra y los pastiches simbólicos a un conjunto de pares de opuestos que funcionan como categorías de percepción, tales como ficción-realidad o superstición-razón; pero también paraíso-infierno, dando espesor semántico a los hechos discursivos que se desarrollan desde las instancias de poder.

Así, pues, si para Brunner (1992) *Macondo* es el mote que convierte a América Latina en el paraíso perdido, mito que fue asociado por los primeros conquistadores europeos en los siglos XV y XVI con El Dorado, para nosotros no cabe duda que esa función de todo lo tildado de *macondiano* ha tenido éxito en tanto revela nuestro propio edén feliz-infeliz y saturado, lo cual se puede evidenciar en eventos que se pintan con matices de la tradición hispano-católica y con lógicas excluyentes. Así, tomar un hecho social añade, de suyo, una historia desmedidamente risible. Por ejemplo, se sabe que en Colombia, a través del movimiento político llamado el *Voto Nacional*, el emblemático Sagrado Corazón de Jesús francés se adoptó y se consagró como un llamado a la Gran Reconciliación y la paz de la República para saturar las heridas de la llamada Guerra de los Mil días (1899-1902). Y, en honor a tal acto se levantó la Basílica del Sagrado Corazón, en el centro de la ciudad capital, Bogotá. Pero, quizá, lo más interesante de este hecho histórico fue que el ícono-símbolo se usó para la lucha anticomunista y, en 1949, el ícono-símbolo adquiere otro carácter: la necesidad de su culto. Todo este fervor exhaustivo permitió que, en esa misma época el filólogo y jesuita antioqueño Félix Restrepo (1951) afirmara, gracias a una revelación del Hijo de Dios en su humanidad, la existencia de una región ideal, *Cristilandia*, y que Colombia reunía todos los requisitos para ser esa región, justificado básicamente en el hecho que Colombia reunía “la íntima colaboración entre la iglesia y el Estado”. Esta fusión, planteaba Restrepo, encauzaría las acciones ciudadanas, superaría el

egoísmo y generaría la cooperación, que estimaba como la base de una nueva sociedad (Henríquez, 1993).

En ese sentido, estos y muchos más son ejemplos que revelan nuestras formas particulares de vivir procesos como la Reforma o la Ilustración, actos que en lugar de ser legítimos y pertinentes, son claramente alucinados y propios de lo que llama el profesor Jaramillo Vélez, “la modernidad postergada” (1998); es decir, una cultura tardíamente moderna pero medianamente modernizada, con sincretismos conductuales que imponen la vinculación al mercado mundial, al desarrollo económico y a la urbanización, sin que las masas hayan tenido tiempo de asimilarlos sistemáticamente, pues estas hasta hace muy poco hemos vivido:

[...] en un estado de somnolencia tradicional y han despertado abruptamente a las impostergables tareas que impone el mundo contemporáneo. El sonambulismo que caracteriza en buena medida las actitudes del ciudadano, la persistencia de vicios tradicionales que impiden una auténtica solidaridad y cohesión social – particularismos, fulanismos, clientelismos, dependencia y falta de autonomía en los procesos de decisión política- prueban ese peculiar sincretismo de lo moderno y lo premoderno, tan característico de la vida pública en Colombia (Jaramillo, 1998: 56).

Así las cosas, nuestra realidad contemporánea, cuya genealogía podemos fechar en el siglo XIX bajo los matices de La Regeneración, con tintes ultra-católicos auspiciados por la ciudad letrada decimonónica de Bogotá, y proyectada en el siglo XX con lógicas como las del humanista antioqueño Restrepo, queda subsumida en remedos grotescos calcados por la narrativa garciamarquiana y, como puede inferirse, también, a extraordinarios mundos donde lo anormal es la norma. Si pensamos bien este asunto, inmediatamente surgen dos cuestiones; la primera centrada en la cuestión de si García Márquez tiene la culpa de esto; la segunda, que apunta a pensar como un refugio semántico *lo macondiano* y su funcionalidad para co-construir la realidad social, otorgando un sentido que llame a la distensión en la búsqueda de sentidos sociales e históricos.

En relación con la primera cuestión, podría decirse que hay un culpable, y que es el padre del mote en cuestión; pero tememos que el autor mismo es víctima de las lecturas macondianas de nuestra realidad. De esta suerte, se ha ejecutado un cierto parricidio y, liberado el concepto de su contexto original, el topónimo *Macondo* no es necesariamente Colombia, puesto que describe nuestra caracteriología y nuestra visión cristiana de la realidad social lo cual, algunos pensadores se han atrevido a actualizar con sugestivos neologismos como el periodista chileno Alberto Fuguet con “McOndo”:

Nuestro McOndo es tan latinoamericano y mágico (exótico) como el Macondo real (que, a todo esto, no es real sino virtual). Nuestro país McOndo es más grande, sobre poblado y lleno de contaminación, con autopistas, metro, tv-cable y barriadas. En McOndo hay McDonald's, computadores Mac y condominios, amén de hoteles cinco estrellas construidos con dinero lavado y mall gigantescos (Fuguet, 1996: 12).

Ahora, en relación con la otra cuestión, diríamos que es fácil evidenciar cómo *lo macondiano* aparece frecuentemente en la boca de los colombianos como fórmula para describir, analizar y explicar la violencia social, y para esto acude a lo mítico, lo mágico y lo místico; pues bien, en esto hay algo que sobresale y es un intento por asimilar el lenguaje hiperbólico, catastrofista y barroco de *Cien años de soledad*, justamente ese estilo que le permite a García Márquez crear esa atmósfera específica de agraciada imaginación que caracteriza todo suceso en *Macondo*; sólo que, ya en el formato de lo mediático, esta saturación imaginaria resurge y se instaura para seguir marcando como macondianamente todo acto social. Para confirmar esto, a continuación mostraremos unos ejemplos, entre muchos, aparecidos en los medios de comunicación locales en 2013 y 2014, y que confirman las dos apuestas acabadas de enunciar.

5. LA RECREACIÓN MEDIÁTICA DE LO MACONDIANO

Para un colombiano (y muchos latinoamericanos) es frecuente haber escuchado valorar un evento social local con el adjetivo de *macondiano*, al lado de muchos otros tildados de *milagrosos*. De la misma forma, es familiar escuchar en nuestro medio que suceden cosas que sólo pasan en Colombia. De esta manera, hacemos esfuerzos por maquillar una realidad aterradora a través de una naturalización del sinsentido, y sumando gracia y chiste donde cualquier otro sujeto sólo ve injusticia y violencia social, pues como afirma Brunner, parecemos ser el *país del chiste*:

donde el sexo se cuele siempre entre dichos gruesos y a hurtadillas, evocado más que practicado, culpable y carente de sensualidad. Importancia, en general, de la especulación: financiera, amorosa, sexual, política ética, deportiva, bélica. De allí el valor de los triunfos morales y el miedo al ridículo, a quedar mal parado, a carecer del chiste oportuno para aparentar que uno es capaz de reírse de sí mismo (Brunner, 1998: 62).

Todo esto viene adosado con un conjunto de discursos afirmativos que co-construyen diariamente una imagen identitaria de nación. Así, por ejemplo, que somos uno de los

países más felices del planeta⁵, aunque arrastramos, a la par, el calco de ser uno de los países más violentos y uno del continente donde ocurren las peores violaciones a los derechos humanos. Todo esto, lo vivimos muchos colombianos como receptores pasivos de una discursividad mediática que hace de la realidad social una suma inconclusa de efímeros y dinámicos datos real-imaginarios o una realidad ficticia para referirse a *Cien años de soledad*, todo esto dentro de la lógica de una estetización y una pantallización que nos mantiene en un cierto “adoctrinamiento exquisito”, y del cual Carlos Fajardo afirma que produce:

Un dolor dulce, sin el rechazo ni la repugnancia del ciudadano y donde la información con su indigestión telemática y saturación de noticias, nutre este delicioso despotismo [...] en todo este proceso, la idiocia trivial es el síntoma de ciertas sensibilidades que no desean una explicación argumentada de los acontecimientos, sino la máxima excitación y emoción visual (Fajardo, 2010: 24-25).

Esta narraciones son efecto de la tensión entre los deseos y los miedos para poder coexistir “naturalmente” con los hechos que parecen irresolubles y que incitan a buscar rodeos en lo imaginario para hacer sentir y significativo habitable el entorno⁶, porque importa entender el funcionamiento de la sociedad, más que imaginar esquemas de sentido que ayuden a vivir entre sus incongruencias sociales.

Por caso, en julio de 2013, se escuchó la noticia de “Un cerdo endiablado”, supuesto autor material de la muerte de dos vacas y que tenía atemorizados a los habitantes de Canta Rana, un corregimiento de San Carlos, en el departamento de Córdoba, en la costa colombiana. En la emisión de Noticias Caracol del 28 de julio, el periodista dialoga con el dueño del marrano, Don Baldomero Buelvas, quien aseveraba que su animal es manso e inocente, poniendo en tela de juicio el testimonio del administrador del hato del ganado afectado ¿Es posible que un cerdo salga en la noche, salte del corral, muerda las vacas y se vuelva a encajar a su chircal? Inmediatamente, el periodista afirma que la extraña muerte de las vacas se ha prestado para explicaciones, y se escucha la voz directa de una habitante del corregimiento, doña Mayra Peinado, quien afirma: “El cerdo es diabólico y cuando hablaban en Olímpica Estéreo que iban a dar la noticia del cerdo, enseguida se iba la luz y la noticia quedaba mocha”. Es decir, que es tal la sincronía del Cerdo con Satanás, que impiden que la gente se entere. En el diario *El Universal*, de Montería, la

5 Según el Barómetro Global de Felicidad, realizado por WIN-Gallup International en 2013, el índice de los colombianos es el mejor del mundo (75%). Otros resultados de ese Barómetro afirma que Latinoamérica, donde a la gente es alegre, le gusta conversar y el núcleo familiar es muy fuerte.

6 “Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra” (Calvino, 1999: 56).

reportera Nidia Serrano recoge éste y otro tipo de explicaciones locales concebidas por los testigos de la zona rural:

En la localidad no se habla de otra cosa. El mito y la leyenda también forman un componente importante de la historia pues los pobladores advierten que el cerdo está endemoniado y que por eso ataca a las vacas. "Yo vi al cerdo volando y echando espuma por la boca", dijo un campesino de Canta Rana quien no cree que se trate de un cerdo común y corriente. "Aquí en el pueblo pensamos que puede ser una bruja que se convierte en cerdo o que a ese animal se le metió el mismo diablo", dijo otro de los pobladores ante la presencia de los medios de comunicación que han ido a conocer al 'cerdo mata vacas', como ya le dicen en la vereda [...] "Antes de ayer llegó a un corral de la finca Canta Rana y mordió a varias vacas cuando estas dormían", dijo uno de los testigos del inusual hecho (Serrano, 2013: 12).

Asimismo, el 25 de octubre de 2013, el diario colombiano *el espectador.com* titulaba una noticia así: "Aracataca y el acueducto macondiano de Santos", para referirse a la cancelación de la visita del presidente Juan Manuel Santos al municipio de Aracataca, pueblo natal de García Márquez, en donde tenía previsto inaugurar un acueducto, y esto porque se enteró horas antes de su llegada que la obra no estaba terminada. Es decir, casi inaugura una obra sin que funcionara⁷. En un apartado de la crónica periodística se lee:

El alcalde de Aracataca aseguró que el primer contrato para la construcción del Acueducto del municipio fue entregado a Aguas Kapital Macondo S.A., de propiedad del Grupo Nule, y que ese contrato fue cedido. "Es falso de toda falsedad que el Acueducto esté terminado", dijo Hatúm y contó que en la obra se han invertido más de 11.000 millones de pesos. También reveló que el acueducto apenas estaría cubriendo el 30% del municipio con el suministro de agua que se viene prometiendo desde hace más de 30 años. Entretanto, Sara Cervantes, gerente de Aguas del Magdalena, dijo que "hay problemas con las redes de distribución, pero eso es responsabilidad de la administración municipal, no del plan departamental de aguas". Todos se echan la culpa, y no parece haber ningún responsable. / Lo

7 Esta noticia resulta muy sugestiva, puesto que para muchos funcionarios y escritores locales, Macondo es una metonimia de Aracataca, la ciudad donde nació García Márquez el 6 de marzo de 1927. Así por ejemplo se lee: "Macondo es la transposición poética de Aracataca", dijo el escritor Juan Gabriel Vásquez o "Macondo es como un mundo y es un mundo que le ha dado la vuelta al planeta", según Conrado Zuluaga, uno de los expertos en la obra de Gabriel García Márquez. "Existe una dualidad entre el Macondo de la ficción y Aracataca", según Jaime Abello Banfi. Y uno que llegó por mensaje de video: "Macondo sí existe", dicho por el presidente Juan Manuel Santos" (Oquendo, 2014: 21).

cierto es que tal y como iban los preparativos de la inauguración del acueducto de Aracataca, el presidente Juan Manuel Santos iba a repetir la historia que hace unos meses criticó de su antecesor, cuando pasó de su mantra de no pelear al ataque. Estaba frente a la llave del acueducto en Montes de María, cuando inauguró la segunda fase que llevaría agua a 2.500 casas. Entonces dijo estar aterrado por tanto escepticismo y luego sorprendido por “descubrir” una historia de corrupción vieja que se remonta a siete inauguraciones de acueductos ficticias.

(En <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/aracataca-y-el-acueducto-macondiano-de-santos-articulo-454386>).

Un día antes, en *El Universal*, Deibys Palomino Tamayo publicaba la noticia “Recién nacido está poseído, dicen en Lorica”. Esta vez se trataba de una historia cuyo protagonista era un bebé de un mes de nacido y habitante del municipio de Lorica, en Córdoba, quien caminaba y se reía “de manera intimidante”. La madre del crío narró que cuando menos se pensaba, después de dejarlo acostado, lo encontraba en la nevera, en la lavadora o debajo de la cama. Por todo esto, la madre insistía que su pequeño estaba preso de una posesión diabólica. Y añade la crónica periodística:

Más agravante toma el fantasmagórico caso. El menor de treinta días tiene quemaduras en sus extremidades, situación por la que fue advertida de maltrato cuando llevó a su hijo a un puesto de salud porque el cuerpo médico no dio crédito a su novelada versión [...] Sobre este escabroso caso, la iglesia católica de Lorica se ha limitado a mandar mensajes de acercamiento a Dios, pero la familia del recién nacido pide urgente liberación del espíritu maligno que al parecer lo posee y no lo deja ser niño (Palomino, 2013: 3).

Pero, y he aquí algo recurrente en el devenir de Colombia, y es que los hechos casi legendarios, se anclan caprichosamente en la zona caribeña. En la primera quincena de septiembre de 2014, la ciudad de Santa Marta, a unos 72 kilómetros en línea recta de Aracataca, ambas ciudades del Departamento del Magdalena, los samarios, se sentían afligidos por la muerte de alias “El cacique”, un empresario agrícola llamado James Tovar Barreto, quien se hizo famoso por lanzar dinero del quinto piso de un edificio en el balneario de El Rodadero en Santa Marta, y cuyos beneficiarios fueron lancheros, vendedores informales y silleros. Entre 10 y 20 millones de pesos colombianos (unos 9000 dólares) arrojó la primera vez que se comunicó el hecho, y luego lo repitió con similar cantidad. El diario *El Tiempo*, afirmó en su momento:

Esas buenas acciones le causaron problemas con las autoridades locales, pues al arrojar los billetes se consideró que alteraba el orden público y hasta el tráfico vehicular. Fue por esto que esa misma semana decidió cambiar el dinero por arroz. En la playa, luego de organizar una fila con la gente del sector, regaló bolsas llenas de ese cereal (en <http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/muere-hombre-que-lanzaba-dinero-en-el-rodadero/14513411>).

6. LO MACONDIANO DE LA REALIDAD Y LA REALIDAD DE LO MACONDIANO

Lo interesante de cuatro casos es que esas discursividades mediáticas se quedaban como en el plano episódico, mostradas como leyendas rurales extravagantes que, a lo sumo, dejaban ver un Caribe inmerso en el pensamiento mágico. Ningún periodista, por ejemplo, examinó la situación de manera contextual; por ejemplo, no se invitó al espectador o al lector a que interpretara los poderes del cerdo en el contexto de la violencia rural de la costa norte de Colombia originada por la tenencia de tierras; o en el caso del bebé de Lórica, ninguna lectura desde la historia de la familia, que deja ver un padrastro asistiendo los cuatro hijos de la relación afectiva anterior, con un niño de un mes de nacido con evidentes signos de maltrato físico y una casa incendiada dos veces en los últimos meses, como lo confirmaba el diario *El Universal*, de Cartagena.

Justamente en este tipo de discursividades se manifiesta una *circunstancia de la identidad social de Colombia*: su capacidad de expresar lo perverso e inaudito de la cruda realidad social, acudiendo a lo fantástico y extático, tal como se hace en ‘Cien años de soledad’, una novela que abre la dirección *real quimera*, y no al revés. Tal como dice Alejandra Jaramillo, sobre esta obra: “no es la novela de la saga; es la novela del tiempo, de sus variaciones, del lenguaje y sus vicisitudes”; es una obra, que nos enseñó que “lo insólito deriva en una variedad de mundos posibles”; es una novela que “recoge una mirada de la ciencia y al mismo tiempo la asume desde un lugar completamente mágico” (2013: 157). Esto lo reitera la profesora y columnista Catalina Ruiz cuando afirma:

Mucho se ha dicho que lo que cuenta Gabriel García Márquez en Cien años de soledad se lo debe más a su vida cotidiana que a su imaginación desaforada. Macondo, nuestra alegoría más aceptada, presenta a Colombia como un desafío lógico frente al que sólo queda encogerse de hombros y reírse. A nosotros nos gusta vernos así. Incluso diría que Colombia quiere parecerse a su metáfora, que somos una mala parodia de nuestra caricatura [...] En todas las áreas, política, deporte, entretenimiento, vemos a los periodistas y a los lectores engolosinarse con el ridículo

para evadir el absurdo. Poco a poco, y entre todos, editorializamos un país cuya página roja queda en la sección de humor negro (2013: 19).

Una vez confirmado esto, se ve la necesidad de comprender esta actitud. Se comprende que es un resorte que, en lo simbólico, materializa el imaginario sobre el Otro-diferente. Un deseo de desaparición del Otro o un mero temor al otro. En suma: miedos de ida y vuelta. Miedo siempre al Otro, que deviene en exclusión, en tachamiento. Resulta tentador situar la función de esos temores como generadores de una nación narrada con leyendas dentro del marco de una dicotomía general entre poseedores y poseídos o desposeídos (Díaz Viana, 2003).

Sea o no cierta nuestra hipótesis, se ofrece el hecho de entender que, aun corriendo el riesgo de verse como paradoja, una forma privilegiada de la alteridad en Colombia es la asimilación a la imagen del otro a través de una 'lógica especular' (Todorov, 1987). El espejo posee la propiedad de repetir, re-producir; es decir, una acción que no añade significación al objeto que reproduce, sino que sólo devuelve una imagen por el tiempo de su exposición al objeto. Según la lección del funcionamiento especular, se puede entender que el lazo social entre diferentes tiene entre sus salidas más recurrentes el de no admitir más que lo igual; esto es, un lazo social ciego ante la diferencia. Entonces, lo *más* puede pasar a indicar lo *menos* y lo que estaba adentro puede pasar afuera. Se produce, pues, un excedente inimaginable, un trueque real y simbólico que desaparece tan pronto llega, lógica que se agita por la vida trastoca los opuestos e, incluso, los contradictorios, permitiendo así que, por caso, una prostituta se convierta en una gobernadora o un asesino en un santo al que se le piden milagros.

7. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Esta forma de leer *lo macondiano* en la obra de García-Márquez, que despunta en su cuentística primitiva y se cristaliza en su magna obra *Cien años de soledad*, arroja elementos de nuestra carateriología histórica; no obstante, en las aulas escolares colombianas se sigue admitiendo, la mayor de las veces, una lectura literaria que sigue una tradición de corte más estructuralista, pero casi nunca unos acercamientos crítico-culturales, que incluyen lo histórico y/o político de forma muy sutil. Ya lo advertía Benedetti: "García Márquez no intenta extraer consecuencias históricas, políticas o sociológicas; se limita a mostrar cómo son los colombianos (al menos, los hipotéticos colombianos de Macondo) entre uno y otro fragor, entre una y otra redada letal" (1972: 184).

En este sentido, por caso, es poco frecuente que se explote el episodio de la Masacre bananera de 1928, favorecido desde la rememoración del padre Antonio Isabel en el cuento de 1954, o la focalización del actante José Arcadio Segundo y su descripción del

decreto militar que “declaraba a los huelguistas *cuadrilla de malhechores* y facultaba al ejército para matarlos a bala” (García-Márquez, 1967: 125), y es más factible mantener presente el episodio de las mariposas amarillas que invaden el mundo maravilloso de Macondo. Esto es, se da el triunfo de lo quimérico sobre lo real; prima aún una discordia entre lo imaginario, lo mítico y lo real de nuestra cultura, lo que parece encumbrarse como una de las cualidades fundamentales de Colombia. En otros términos, si algo cualifica la identidad del colombiano será su tendencia a simbolizar la nación desde las quimeras; algo propio del funcionamiento metafórico-metonímico del Principio del Placer y no del Principio de la Realidad, si usamos las categorías de Freud.

Esto está claro en la obra misma de García Márquez. Por caso, aquel episodio de Aureliano Segundo quien, con su desmandada voracidad, compite a comer días enteros con la glotona Camila Sagastume, hasta vencerla en la contienda placentera, no sin antes quedar en la tribulación que lo hace, gracias a su desproporción, perder el conocimiento. Un personaje que se sale diariamente de la ficción literaria para ser reconocido en las jerigonzas del colombiano común, quien toma como prioridad de su vida satisfacer sus deseos más elementales de forma casi autista, alejándose de la formación de ciudadanía solidaria y del proyecto de una racionalización. Esto es, apurando acciones que le permitan satisfacer su Principio del placer y encaminar sus esfuerzos para vivir bajo el reinado del Principio de Realidad, justo lo contrario de aquello que los freudomarxistas Adorno y Horkheimer (1997) resaltaban para identificar al hombre ilustrado-moderno. Los filósofos, recurriendo a la figura literaria del astuto e inteligente Odiseo recuerdan cómo el hombre moderno, haciendo uso de la razón, logra llegar a dominar a los demás, a través de la paciencia y la renuncia de sus cegueras inconscientes; pues es Odioseo quien no se entrega libremente al encantamiento de las sirenas sino que se manda atar al mástil, reconociendo el gran poder del canto de las sirenas, y de esa manera se sobrepone a ellas, que representan el orbe más profundo del deseo primario.

Así las cosas, queda *lo macondiano* o *el macondismo* como recurso para expresar una personalidad infantil de los colombianos, donde prima la trapisonda, la pataleta y el chiste de doble sentido para deslizarse de la responsabilidad social; pero también la especulación y no la exactitud cartesiana, unida al miedo a quedar en ridículo, porque se trata de ser un macho con machete o una mujer de armas tomar, puesto que si deja la agresividad y la nota abolicionista al socio no puede sostenerse el rol de un ser extravagante que lucha a todo momento con su propio desgarramiento y, al tiempo, el triste papel de un payaso, para que los dueños del circo nos indulten con sus risotadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Th. & HORKHEIMER, M. (1997). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Suramericana.
- AGIER, M. (2001). "La política en tiempos de la guerra. Notas sobre la toma de la Cruz Roja". *Análisis Político* 42, 88-92.
- ANDERSON, B. (1985). *Comunidades imaginada*. México: Fondo de Cultura Económica
- BENEDETTI, M (1969). "García Márquez o la vigilia dentro del sueño". En *Letras del continente mestizo*, 145-154. Montevideo: Arca.
- BHABHA, H. (1994). *Nación y narración*. México: Fondo de Cultura Económica
- BRUNNER, J. J. (1992) *América Latina: cultura y modernidad*. México: Grijalbo.
- ____ (1988). *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Chile: Flacso.
- CALVINO, I. (1999). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- CAMPRA, R. (1995). "Gabriel García Márquez, un itinerario de lectura". En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, J. Cobo Borda (ed.), tomo 1, 595-629. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- CARPENTIER, A. (2006). *El reino de este mundo*. Madrid: Alianza editorial
- DEAS, M. (2006). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Taurus.
- DÍAZ G. VIANA, L. (2003). *El regreso de los lobos. La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización*. Madrid: CSIC.
- DÍAZ-GRANADOS, F. (2007) "Literatura colombiana: desde Macondo, hasta la memoria mutilada y recuperada". En *Clubes de lectores. Boletín No. 18*, 1-5. Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Bogotá: Marvitel.
- FAIRCLOUGH, N. (2008). "El análisis crítico del discurso y la mercantilización del discurso público: las universidades". *Discurso & Sociedad* 2 (1), 170-185.
- FAJARDO, C. (2010). *Rostros del autoritarismo. Mecanismos de control en la sociedad global*. Bogotá: *Le Monde Diplomatique* Ediciones.
- FUGUET, A. & GÓMEZ, S. (1996). *McOndo*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- GARCÍA MÁRQUEZ, E. (2003). *Tras las claves de Melquiades*. Bogotá: Norma
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ____ (1982). *La soledad de América Latina. Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982*. Recuperado en línea: http://www.ciudadseva.com/textos/otros/la_soledad_de_america_latina.htm
- ____ (2012). *Todos los cuentos*. Buenos Aires: Sudamericana /Mondadori
- HALL, S. y DU GAY, P. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

- HENRÍQUEZ, C. (1993). "El Sagrado Corazón, ¿una cuestión política o de religiosidad popular?". En *Los imaginarios y la cultura popular*, J. Rueda (comp.), 35-47. Bogotá: CEREC.
- JARAMILLO, A. (2013). *Disidencias. Trece ensayos para una arqueología del conocimiento en la literatura latinoamericana de siglo XX*. Bogotá: Universidad Nacional, Vicerrectoría de Investigación.
- JARAMILLO, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Selene Impresores.
- MALDONADO, C. (2013). "¿Podemos hablar de colombianía?". *Le Monde Diplomatique, el Dipló*, octubre, 13-16.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1998). "Un nuevo mapa cultural". En *La ciudad observada: violencia, cultura y política*, Y. Campos e I. Ortiz (comps.), 4-15. Bogotá: Tercer Mundo.
- _____. (2000). "El futuro que habita la memoria". En *Museo, memoria y narración*, G. Sánchez y Wils Ma. (comps.), 35-63. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- MORALES, M. R. (2002). "La 'desmacondización' de América Latina". *Archivos, 20 de mayo de 2002*. <http://www.voltairenet.org/article120520.html>.
- ORDÓÑEZ, M. (1995). "Construcciones culturales: nación y narración". *Revista Texto y Contexto* 28, 98-120.
- OQUENDO, C. (2014). "Entre la Aracataca real y el Macondo de la ficción". *El Tiempo*, 29 de enero, 24 (También en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13428315>).
- PALOMINO, D. (2012). "Recién nacido está poseído, dicen en Lorica". *El Universal* (Montería), 24 de octubre, 8 (También en <http://www.eluniversal.com.co/monteria-y-sincelejo/sucesos/recien-nacido-esta-poseido-dicen-en-lorica-95778>).
- REDACCIÓN POLÍTICA, *elespectador.com* (2013). "Aracataca sigue con sed. Aracataca y el acueducto macondiano de Santos". 25 de octubre. En <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/aracataca-y-el-acueducto-macondiano-de-santos-articulo-454386>.
- REDACCIÓN, *eltiempo.com* (2014). "Murió hombre que lanzaba dinero en el Rodadero". 10 de septiembre. En <http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/muere-hombre-que-lanzaba-dinero-en-el-rodadero/14513411>.
- RIENDA, J. (2014). "Límites conceptuales de la competencia literaria conceptual". *Signa* 23, 753-777 (también en <http://revistas.uned.es/index.php/signa/article/view/1175>).
- RINCÓN, C. (1996). *Mapas y pliegues: ensayos de cartografía cultural y de lectura del neobarroco*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- ROWE, W. (1995). "Gabriel García Márquez, la máquina de la historia". En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, J. Cobo Borda (ed.), tomo 2, 425-440. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- RUIZ-NAVARRO, C. (2013). "El cerdo diabólico". *El Espectador*, 31 de julio, 19 (también en <http://www.elespectador.com/opinion/el-cerdo-diabolico-columna-437337>).

- SEDEÑO, K. (2009). *Sexualidades enfrentadas, imagen del Otro andino y conflictos en la reconfiguración de la nación colombiana. Una lectura de Cien años de soledad desde la frontera semiótica*. Disponible en Línea: <http://bojeoalaisla.blogspot.com/2009/07/sexualidades-enfrentadas-imagen-del.html>
- SERRANO, N. (2013). "Cerdo 'endiablado' mata dos vacas y hiere a 25". *El Universal* (Montería), 28 de julio, 12 (también en <http://www.eluniversal.com.co/monteria-y-sincelejo/local/cerdo-endiablado-mata-dos-vacas-y-hiere-25-128467>).
- TODOROV, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- VARGAS LLOSA, M. (1971). *García Márquez. Historia de un suicidio*. Barcelona: Barral.
- VON DER WALDE, E. (1998). "Realismo mágico y poscolonialismo: construcciones del otro desde la otredad". En *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, S. Castro-Gómez y E. Mendieta (eds), 226-245. México: Porrúa.

Recibido el 25 de marzo de 2015.

Aceptado el 30 de septiembre de 2015.